

La presencia del deporte en la cambiante sociedad actual

por **D. Angel María Villar**

*Conferencia pronunciada
el 4 de abril de 1995*

Forum Deusto

La presencia del deporte en la cambiante sociedad actual

por D. Angel María Villar*

Otra vez ante quienes en mi tierra —¡bendita tierra!— me acogen. Os doy a todos mis gracias más sinceras. A vuestra benevolencia me acojo, pues uno sabe que cuando habla de lo que gusta, se corre el riesgo de «pasarse de la raya». Aquí estudié y aquí se formó quien os habla. Soy, además, un deportista nacido, criado y hecho en este entrañable país. De ambas cosas: sangre y conocer estoy más que orgulloso. Orgullo que no quiero dominar.

Hablar de deporte por estos lares es hacer referencia a algo consustancial con nuestra propia naturaleza. Una pared, y mejor si es la de la iglesia, es un frontón. Se juega, se anima al favorito, se forma parte del deporte. Y veremos, los problemas que ofrece esa simple palabra: todos la definen, todos contradicen su definición y todos estamos en un perfecto acuerdo-desacuerdo.

Vivimos una sociedad cambiante, tanto que hasta los inventos nacen viejos. Está creado el fenómeno de la inseguridad, sobre todo en el campo de lo científico y lo técnico. Aprender en profundidad hoy una manera de hacer las cosas, apenas da para un suspiro. Desde Ptolomeo a Copérnico transcurrieron siglos; siglos desde Newton a Einstein. Desde éste, con sus inmensos logros a partir de su ecuación $E = m \cdot a^2$. Las

* Angel María Villar nació en Bilbao en 1950. Se licenció en Derecho por la Universidad de Deusto en 1979, y ejerció la profesión de abogado durante siete años. Como futbolista jugó en el Athletic de Bilbao desde la temporada 1969-70 a la temporada 1981-82, en que se retiró. Fue internacional en veintidós ocasiones, y una más internacional olímpico. Obtuvo los títulos de Campeón de la Copa del Generalísimo en 1973, Subcampeón de la Copa S.M. el Rey en 1977 y Subcampeón de la Copa de la UEFA en 1977. Elegido Presidente de la Real Federación Española de Fútbol en 1988, fue reelegido en 1992, que es el puesto que desempeña en la actualidad. Es también Miembro del Comité Ejecutivo de la UEFA.

modificaciones son continuas y apenas sale al mercado un miserable y poderoso «chip» para que un oriental cualquiera invente otro «mejor». Lo cambiante es el factor que determina. Nacer, apenas crecer y a morir. El tiempo no es, en ese aspecto, una dimensión, es un punto.

¿A qué este preámbulo para hablar del deporte? ¿Cuál es el objeto de esas reflexiones sobre el deporte? Simplemente porque también afectan y seguirán afectándolo, porque es un fenómeno «cultural», «social», «corporal», «de reposo», «espiritual», «artístico», «poético», «institución», «complejo de isla», «sociológicamente fuera de lo social», «actividad festiva», «es una de las más importantes facetas de la vida del hombre», «no es la faceta más importante», «está encasillado por el pueblo», «es una cuestión de tiempo», «es oficio», «es una manera de ganarse el pan». Dentro de ese mosaico de palabras, filosofías, maneras de ver y juzgar, están los hombres que con más intensidad han estudiado en España el deporte, incluidos quienes sin ser del deporte, como Ortega o Zubiri, se ocuparán de él y naturalmente un montón de pedagogos, pues a los niños, desde muy niños se les inculca el sentido deportivo. Las palabras de Epicteto a los deportistas sobre la obediencia, a los entrenadores y al sacrificio personal, son antológicas.

Yo concluyo este tema de una sola manera: el pueblo sí sabe lo que es «su deporte». Interpreta el deporte ya como actividad, o como afición, como «que está ahí», y, por ende, lo practica o acude a verlo, casi siempre marcado por un interés: quién va a ganar; quién va a meter más goles; quién va a encestar más veces; quién va a correr más velozmente; quién va a saltar más alto; quién será el más fuerte y quién será el más veloz. El más alto o el más fuerte puede ser él mismo, o serlos los «suyos». Los eruditos no se pondrán de acuerdo para decidir qué es lo importante; si el deporte netamente lúdico, gestual, iniciático, o el deporte de alta competición. Os dirán —disyuntiva permanente— que no se pronuncian, que ambos le parecen desproporcionados y que hay que buscar nuevos campos. Basta leer lo común (el periódico) para saber lo que es el deporte para el pueblo.

Por mucho que lea a mis autores favoritos (al fallecido Cagigal, a Durantez, a Coca, etc. etc. y a otros extranjeros), deberé leer mucho para saber por qué fui futbolista, por qué llegue (modestia aparte) al más alto nivel. *Mi afición al fútbol* y mi *praxis*, el consejo de quienes supieron ver en mí mis ignoradas cualidades, me llevaron a aquella siempre añorada cima. Y eso sí lo sé. A lo mejor alguien va a demostrarme que estoy equivocado. No pasaría de ser una audacia.

Puede y debe estudiarse el por qué de la importancia del deporte en la sociedad y en el individuo. Miles y miles de espectadores (millones de millones indirectamente) lo siguen. Yo he oído a un deportista, con su corazón saliéndosele del pecho, decir: ¡esto no merece la pena! Y a otros gritar: ¡por esto la vida! Ambos ganaron la medalla de oro. ¿Cuál de los dos estaba más esclavizado? Puede que ninguno.

Lo deportivo es el aporte a la posibilidad. El mensajero de Marathon murió en el esfuerzo. Hoy no se muere nadie después de 50 km. marcha. La escalada de una montaña era lo inaccesible, hoy, por el deporte se llega. Dominar la fatiga, superar la agonía es el deporte. Alcanzar profundidades en el agua sin ir encerrado en un ataúd de plomo se debe al deporte. Volar ha pasado por el deporte. Atravesar el Canal de la Mancha nadando es deporte. Amortiguar la fatiga es hacer deporte. Es mucho lo que la humanidad le debe al deporte. Todo ello va mucho más allá, mucho más, por simplista que parezca, que el hallar el «porqué del movimiento». Saber que una bola elástica puede ser dominada a 100 km. por hora por el pie, o recogida en una raqueta a 200 km. es producto de estudios técnicos profundísimos en lo que el hombre entra siempre.

Y una reflexión clave: hoy el deporte es «chupado» por la esponja más absorbente; la *política*, en mayúsculas. Ministros, Secretarios se dedican a ello. El deporte es un gran polo de atracción, y hay que demostrarle al pueblo, de la manera más fácil posible, por qué debe hacer deporte.

Nadie queda autorizado a pensar que desvalorizo la teoría. Libros como la *Dimensión social del deporte*, *El hombre deportivo*, *Anatomía de un gigante*, todos los libros de Durantez, y muchos de los que esos autores citan en su bibliografía forman parte de mi aprender. Pero me toca gestionar (ya salió lo empresarial), velar por el desarrollo material y formativo del fútbol, allegar fondos para su posibilidad me obligó a leer *también* otras cosas y fundamentalmente el propio *libro de la vida*. Antes de entrar en cuestión tan específica como el fútbol me considero obligado a hablar un poco de la Historia del *Deporte*, del *Barón de Coubertin*, y digo *obligado* porque el fútbol es un deporte que sale del gran tronco, y el gran tronco tiene sus raíces en *Grecia* y *Roma* y su copa, frondosa y múltiple, llega hasta hoy... y seguirá. Sobre ese árbol vive la diversificación deportiva. Y cada vez, casi de forma sistemática, nace un deporte más.

Hablar del Barón Pierre de Coubertin es hablar del actual olimpismo. No voy a ofenderlo confundiendo *olimpiada* (período de 4 años en

el tiempo) con Juegos Olímpicos (los que durante la Olimpiada se celebraban). Pierre de Coubertin era un monstruo, en el mejorativo sentido del vocablo. Su inteligencia, su tenacidad y, por sobre todas las cosas, su filosofía de los Juegos («No son de nadie, sino de todos los pueblos, y todas las razas»), constituían un tratado, «el hombre debe armonizar su cuerpo con su espíritu y hacer el ejercicio necesario para ser fuerte, ágil, inteligente», nos dice poco más o menos. Se irritaba con frecuencia con los intelectuales que veían en los juegos unos genéricos *Campeonatos del Mundo*. Esa no era, en modo alguno, su *filosofía*. Su lucha fue tremenda, descomunal. A veces considerada irrisoria e imposible. Sobre todo en su país, Francia, que lo despreciaba.

La tregua sagrada revivía en él con la *pax olímpica*; y a base de golpear puertas, escribir, convocar congresos y dejarse su importante fortuna personal en el empeño, consiguió que en 1896 se restablecieran los juegos en la primera *olimpiada* de los tiempos modernos, concedidos a Atenas por el ya formado *Comité Olímpico Internacional*, que Coubertin presidió hasta 1925. Murió y está enterrado en Lausana, a donde se fue desde Francia, salvo su corazón que está enterrado en Olimpia. «El Barón Olímpico» fue un demócrata convencido y un hombre preocupado por el desarrollo y la justicia social, humanista activo, fue respetado pero lo pasó mal en muchos momentos de su vida. Muchos lo comprendieron, otros lo rechazaron, pero los JJ.OO. están hoy tan vivos como sus ideas.

Una pincelada histórica nos lleva de la mano de Durantez a los primeros juegos de Olimpia en honor de Zeus.

Hay que romper algunas ideas tópicas. Los juegos griegos no eran tan puros como se deja entrever. Se luchaba por la gloria y el mejor status personal. Los participantes habían de ser griegos «limpios de justicia». No se permitía participar ni ser espectadores de los juegos a las mujeres salvo a la gran sacerdotisa de Demeter. Una sola se «coló». Salvó la vida por ser madre, esposa e hija de atletas.

El competidor, el agon, luchaba al límite de sus posibilidades (lo agonístico) y eso estaba al alcance de los atletas (los más fuertes). El ganar significaba el éxito, el prestigio, la confianza, la ambición cumplida.

Al principio, y durante siglos, la sacralización era la característica de los juegos, que cede a la secularización y al dinero. La técnica se impone y el mejor es más importante que el más bello. La dedicación plena al entrenamiento exige compensaciones. Los juegos decaerán.

El atleta ganador se comparaba y se diferenciaba: ése era el éxito. Y así el deportista tenía, al mismo tiempo, pinceladas guerreras, implantación social, inspiración para el poeta y el filósofo, religión. Asombra pensar —dada la población griega— que hubiese estadios como el de Olimpia, capaz para 45.000 espectadores.

No contaba el tiempo empleado, sino el ganador. La reflexión de Homero es aleccionadora respecto al atleta: «Ser siempre el mismo y sobresalir sobre los demás.» Puro individualismo.

Tantos eran los peregrinos a los juegos que se elegían unos pocos, a los cuales se les entregaba una antorcha. El gran honor era para quien llegaba el primero y encendía la pira de Zeus.

Hemos apuntado que con la profesionalización se inicia la decadencia de los juegos y aunque desde siempre los atletas que concurrían a los juegos tenían que acreditar diez meses de entrenamiento, con plena dedicación. Un pentatleta, por ejemplo, dedicaba horas y horas a su entrenamiento. Para Aristóteles era el atleta por excelencia: velocidad, fuerza, destreza y resistencia al máximo eran sus características.

Y abordo ya una segunda parte: la era Coubertin, la crítica de sus conceptos, las nuevas olimpiadas.

Tengo una opinión muy clara, entre lo que fue la concepción olímpica de Coubertin (emocionado, enamorado, ante las ruinas de Olimpia y sus excavaciones) y los juegos de la Grecia antigua: un abismo conceptual, a favor de Coubertin.

Es más, los juegos olímpicos de hoy han ido, poco a poco, mejorando, yendo a más, y no se vislumbra ninguna razón para que no siga igual. Cuestan mucho dinero. Proporcionalmente, no sé si más que en el año 796 a. de C. Lo cierto es que los atletas cobran. Pero cierto es también que los juegos generan.

Coubertin, y más que él muchos de sus colaboradores, se equivoca, no era todo puro y limpio, no. Intereses personales, dinero, cargos, atenciones, eran fines humanos producto de los juegos. Se buscaban y se obtenían. Tanto en Grecia como en Roma.

Se ha pretendido diferenciar unos deportes de otros. Al fútbol, sobre todo se le separaba como un espectáculo deportivo que «nada tenía que ver con el deporte». Le faltaba mucho para ser deporte decían. El fútbol ha demostrado lo contrario, aun allí donde «iba a fracasar» (EE.UU.), según los agoreros.

Y uno se pregunta, se tiene que preguntar, qué otra cosa eran los juegos olímpicos: un espectáculo y sólo eso. Diferenciaban a los hombres, individualizándolos, separando al primero de los demás, porque lo importante era llegar ganando. Hay una frase atribuida al barón de Coubertin cuya paternidad no le pertenece, y él sabía que era redondamente falsa: «Lo importante no es vencer sino participar.» Al hilo de un sermón, lo dijo el Arzobispo de Pensilvania. Como era bella frase, se la atribuyeron a Coubertin. Coubertin sabía que se competía para ganar. El hecho de que él la utilizó mucho, es la causa de que se le atribuyera.

La segunda causa de la decadencia paulatina fue la *violencia*. El público ya no veía en el deporte solitario, la gloria. La lucha le atraía más, violentísima (en realidad se preparaba a los hombres para el ejército) y el «pancracio» (lucha violenta donde valía todo —pies, manos, puños—), fue el espectáculo por excelencia.

Plutarco empieza a criticar la violencia, al descomponerse el cuadro de la belleza, y apoyado por otros artistas y filósofos de su misma importancia, fueron minando los juegos. Ya la recuperación era imposible y la calidad y condición de las olimpiadas, otra.

Los emperadores Teodosio I y II acaban con los Juegos Olímpicos por paganos.

A partir de 1896, y cada 4 años, se iniciaba la nueva era, sólo interrumpida por eventos inevitables (guerras). Atlanta espera a la próxima Olimpiada 1996, 4 años después de la de Barcelona.

De pincelada en pincelada voy a terminar un cuadro completo; no era mi intención, ¡pero es todo tan apasionante!

Hay una característica del barón francés que debo señalar: para él, la mujer no debía competir. Y cuando en 1900, en París, apareció una tenista, fue necesario darle muchas explicaciones. Hasta 1908, en Londres, Coubertin no aceptó la participación oficial femenina en los juegos.

Curiosamente el país que más disgustos le dio al barón fue el suyo: Francia, que en 1910 le llamó «chupatintas» y negó documentalmente la validez de los juegos. No extraña que Coubertin se marchara a Suiza.

Los cambios sociales y el deporte

El deporte en general significa una fortísima incidencia en la vida de las ciudades. La escuela cambia su estructura para que los niños hagan deporte; la atención media, a los distintos deportes, es alta; pisci-

nas, campos de atletismo, mobiliario deportivo infantil y para adultos; grandes áreas para el tenis y sobre todo campos de fútbol. Una ciudad —hoy hay muchas— que tenga infraestructura deportiva, será «otro tipo de ciudad».

La práctica deportiva absorbe gran parte de la juventud, obligadamente o voluntariamente, contribuye a una formación mejor.

Es obvio (es caro, ya lo sé), pero una ciudad que acoge unos JJ.OO se transforma tan a fondo que:

- Cambia su estructura vial.
- Introduce elementos arquitectónicos nuevos.
- Facilita sus sistemas de comunicaciones.
- Deja enormes espacios deportivos utilizables:
 - Estadio Olímpico.
 - Piscinas varias de alto nivel.
 - Zonas de expansión.
 - Incremento del número de viviendas.
 - Embellecimiento urbano.
 - Desarrolla fuertemente aspectos culturales. Etc.

Nadie sería capaz de valorar la relación ventaja/precio. Barcelona es una muestra. Económicamente se puede o no se puede. Se hizo, es que se pudo. El resultado es obvio: la Ciudad Condal ha mejorado; es lo que no parecía ser —y lo era— una espléndida ciudad marítima.

El deporte dispara la imaginación a través de una práctica necesaria. Hay que hacer lo que se necesita y hacerlo de la forma más bella posible, sin gastar más. Es una manera de hacer buena política.

El fútbol solo

Como el deporte de equipo, de asociación, el fútbol bien jugado es bellissimo, y sobre todo difícilísimo. El, en solitario, atrae masas, niños, jóvenes, personas mayores. Su infraestructura, aun la más pobre, embellece una zona. Los campos de fútbol son polos de atracción como, en conjunto, no lo es ningún otro deporte.

El artillugio es mínimo: un poco de terreno, una pelota, unas piedras o unas chaquetas bastan para empezar el juego. Es el más fácil de empezar. Es una pura delicia. Salvo correr, no hay actividad física más pura.

Luego, el tirón del equipo local, el fin, el llegar.

Los grandes campos transforman ciudades. Los «monstruos» (San Mamés, Nou Camp, Bernabeu, Mestalla, Riazor, etc, etc.), son monumentos del fútbol para el fútbol... y un orgullo para cada ciudad.

Si hay algo que, compitiendo, atrae a cientos de miles de personas, las agrupa, las entretiene, las excita deportivamente, se animan, animando, gritan para combatir el grito, y se mantienen alterados y vivos, es el fútbol. Es un deporte que si no se desarrolló en las primeras olimpiadas... es porque pensaron poco... Una broma. Pero sí digo muy seriamente que desde que el fútbol se incorporó al mundo olímpico atrajo de tal manera a las multitudes que se constituyó en la reunión de personas más numerosa de toda la competición olímpica. Hasta en EE.UU. fue un éxito tan inesperado como esperado. No me contradigo.

El fútbol, jugando con los pies, exige un gran sentido común, un talento natural que los técnicos deben extraer de los deportistas. Entra de lleno en una de las definiciones de Coubertin «un culto regular de actividad cultural intensa que mejora los músculos para progresar físicamente».

El futbolista es un atleta puro. Ninguno de sus músculos es desproporcionado y realiza su misión con «destreza, fuerza y velocidad» que es lo que Platón exigía al mejor de los atletas.

Hoy, el fútbol es una agrupación internacional tan fuerte como indestructible. Hoy ha penetrado fuertemente en el seno de la sociedad, y cambiado sus direcciones. Las TVs introducen el fútbol en las casas y es ya un hecho inevitable.

Anima a la sociedad moderna y no la daña, sino que la fortalece. Los Campeonatos Nacionales y el consorcio con TV y los medios han sido desarrollados al máximo. Y no digamos lo que significa un campeonato del mundo.

La FIFA, con Havelange al frente, está llevando a cabo una labor de tal entidad y categoría que no tengo inconveniente en sostener que hay una equivalencia clara entre la filosofía Coubertin y Havelange. Si alguien frunce el ceño al oírme, debe alisar su frente. Aquel lenguaje de espíritu deportivo, no hay diferencias de raza, etc., las reproduce para el fútbol Havelange: «El fútbol es de todos y no es de nadie.»

La procedencia deportiva de Joao Havelange le permite ver en amplitud al panorama deportivo. Es un empresario y ha vivido 3 juegos olímpicos como nadador y waterpolista.

Su sentido empresarial y de asociación con los medios de comunicación y TV lo han convertido en un indudable n.º 1, un Jefe de Filas

nato, que ha conseguido que todas las razas, todos los pueblos, estén en el fútbol. Ingente labor, visión excepcional que está haciendo del fútbol el deporte más extendido del mundo. Veinte años han potenciado a FIFA y al fútbol de tal manera que puede decirse que su balance es altamente positivo y el listón lo va a dejar demasiado alto.

Havelange tiene un principio genérico: los políticos y la política en su lugar, el fútbol en el suyo. Y lo mantiene, porque sabe mantenerlo.

En el terreno olímpico, el fútbol español ha participado con diversa fortuna en la fase final de diversas olimpiadas (Amberes 1920, París 1924, Amsterdam 1928, Roma 1960, Barcelona 1992, México, Canadá y Moscú).

Como anécdota, aparte de que en Amberes se acuñó la frase «furia española», por primera vez se izó la bandera olímpica con los 5 aros (diseño de Coubertin) y en 1924, se perdió en París por el gol que el defensa Vallana marcó a Zamora. Viejos amigos me recuerdan que durante años cuando un jugador marcaba en puerta propia se decía que había hecho «una vallanada». Y aún hoy, se lo oigo decir de vez en cuando a viejos aficionados.

El Olimpismo como *Atletae religio* (frase que costó a Coubertin más de un disgusto), no habría tocado seriamente el corazón de los aficionados de nuestro deporte. ¡Una medalla era tan difícil de obtener! El 2.º puesto en la Olimpiada de Amberes era historia lejana, como lo eran París, Amsterdam y la propia Roma 1960.

Personalmente, como todo presidente de Federación de Fútbol llevo en la mente un sueño: «sueño coger entre mis manos y elevar la Copa del Mundo por y para la Selección». Y guardo esa esperanza con alegría contenida, pero el sueño tiene el color de la esmeralda. Y siendo esto así, he de confesar que yo no sabía, no sentía, lo que era la llama olímpica. Por mejor decir, la llamarada del olimpismo. Todas las campanas de todos los Templos deportivos del mundo sonaron al mismo tiempo para mí, con tal fuerza que jamás lo olvidaré. Aquel Nou Camp en pie, vibrante, vibrando, incontenible se resumía en mí, y lo que significaba una medalla de oro olímpica lo conocí en un momento y para toda la vida. Y esa página de la historia de nuestro fútbol es un potente faro, de luz brillantísima que me anima por encima de todo sacrificio.

Quiero para el fútbol lo mejor. Y soy exigente, muy exigente con mi deseo, como lo es todo el mundo con lo que ama, que yo traduzco en trabajo. Conozco del fútbol sus virtudes y defectos y me empeño en

fomentar las primeras y, al límite de lo posible, ir eliminando los segundos. Mi más importante encomienda, es dejar claro que el fútbol está por encima de las personas que lo rigen y lo planean.

Veo al fútbol como un fenómeno deportivo y social; capto su importancia en el entorno en el que vivo, y mi fin es ampliarlo. Destinamos la mayor parte de nuestro presupuesto a la base, y tenemos la suerte de no necesitar colocar el banderín de enganche: la puerta por grande que ella sea, no tiene suficiente anchura para dejar pasar a todos los niños y jóvenes que quieren hacerlo.

He de solapar estas personales reflexiones, insertas en el centro de mi programa, para seguir el hilo de la Historia del fútbol también en pincelada, pues la extensión va más allá de la posibilidad. Pero ése es el tema: su inserción en la sociedad y su importancia.

Del libro sobre la historia del Athletic de Bilbao recojo este párrafo: «cuatro locos con calzones cortos y las porterías al hombro se enfrentaron a una sociedad poco habituada a tales excesos». Estoy seguro que en cualquiera de los clubes que tengan una historia superior a los 50 años podría encontrarse una frase semejante. ¡Qué locos más sublimes! Supieron vencer molinos y gigantes con fe, con afición, con sacrificio. ¡Anónimos Quijotes!

No voy a aburrirlos —o a interesarlos— con la evolución histórica del fútbol, que sus más profundos estudiosos lo sitúan en el año 25 a. de C. en China (el *tsu-chu*) que se popularizó en Japón con el nombre de *kemari*; incluso en los juegos griegos llamados *espishiros* (una vejiga de cerdo llena de aire o agua era el balón); en Roma el *harpastum* o en Inglaterra el *hurling over country* (una verdadera batalla campal) hasta que se transformó en el *hurling goals*, donde aparecen dos porterías del que se derivaría directamente el actual fútbol. En Italia el juego del *calcio*, una variante del *harpastum* o el *choule* de Bretaña, que se jugaba con dos bandos, en un campo rectangular. El «balón» era un odre lleno de paja. En el *calcio* jugaban 27 contra 27 (football-rugby) de los cuales 15 eran delanteros. Perdonadme este escaqueo un tanto erudito, pero que gusta saber.

Fútbol actual

Nos viene de los ingleses, ya es bien sabido, desde el *hurling goals*. Todos sabemos lo del Recreativo de Huelva, el Athletic de Bilbao, etc., etc. Pero es muy curioso que, aun aceptando sus comienzos allá por la

vieja Onuba, a orillas del Río Tinto, saltara hacia el Nervión y el *Urumea* y agarrasen aquí sus más profundas raíces. Porque a los vascos nos gusta mucho el fútbol. Y, como diría cualquiera, ¡a mí más!

El fútbol ha consumido horas y horas de la atención de muchísimas personas.

El fútbol es un deporte formativo a razón de ser un juego de conjunto que no solamente exige autodisciplina y disciplina colectiva. Eso significa:

- Capacidad para ceder.
- Sacrificio del juego propio.
- Apoyar al compañero.
- Aceptar y dar ayudas ya de sus oponentes (caídas, resbalones).
- Cantar el acierto ajeno como el propio.
- Pensar en el Club, en la Selección.
- Luchar por el conjunto.
- Obedecer al entrenador sabiendo por qué (inteligencia al servicio de la obligación).

Y el futbolista o lo hace así o sus compañeros, su vestuario como se dice hoy, sus directivos se lo demandarán un día, y si falla el compañerismo, el esfuerzo colectivo, el todo para todos, se hundirán, y su equipo con ellos o ellos con su equipo.

Esa formación personal hace del futbolista un deportista de élite, siempre que actúe con arreglo a las leyes del juego.

Con peor voluntad de acierto, algunos intelectuales —o lo que sean— muestran desprecio por el fútbol, llegando a oír barbaridades como la que dijo el Sr. Sánchez Dragó ante una cámara de TV. Puro verbalismo el suyo, pero tan falso como inaceptable. Una auténtica boutade. El encefalograma plano es un ejemplo que se pone cuando se empieza a leer algo y se deja por imposible. Sé quien no pasó del primer tomo. Yo leí los dos. ¡Qué cosa!

También rechazo de plano la histórica comparación con el *panem et circenses* de los romanos o el *pan y toros* de Fernando VII. Afirmo: el fútbol es lo que es por sí mismo, porque atrae, porque apasiona, porque se quiere al Club que lleva, o no lleva, el nombre de la ciudad amada y representativa. «¡Viva er Beti Manque pierda!»; «Aupa», «¡Barça!», «¡Depor!», «¡Sevilla!», «¡Hala Madrid!», «¡Aatleetic!», son algo más que gritos en desafuero. En éstos y en los otros Clubes.

Los sociólogos tienen sus ideas más claras y las expresan como las ven: enlazando hechos, abordando y expresando juicios y no opinio-

nes, porque les corresponde establecer premisas que les permitan obtener conclusiones. En una palabra analizan. El gran sociólogo Amando de Miguel en el n.º 4 de la revista *Fútbol Profesional*, que edita la L.N.F.P. dice algo que yo he repetido varias veces: «El fútbol ... es un hecho social» ... «deja indiferentes a pocas personas» «es un ... escape a nivel mundial». Reconoce De Miguel que «es indudable el peso que tiene el fútbol en la sociedad contemporánea». «Los sociólogos sabemos poco de él». «Realmente necesita un equipamiento muy barato, muy a mano». «Y prospera». «Y que es un avasallador fenómeno de masas o aplaudido o rechazado».

José Luis García Prieto ha estudiado el fútbol muy a fondo. Imprime a sus ideas profundidades de la «alegría por jugar». No me resisto a leer un párrafo intenso: «La adoración de las masas por el ídolo deportivo radica en el poder, casi taumatúrgico, de proporcionar salida al ansia de desfogue de las multitudes».

Ruy Da Silva, un portugués estudioso del fútbol me ha hecho pensar mucho en su libro *Futebol sua grandeza e seus dramas*. El dice que el fútbol «no es sólo ciencia sino también consciencia»..., en tanto que deporte lo ve como «un fenómeno cultural de *mayor magia* en el mundo contemporáneo». Y dice que hay una serie de puntos que paralelizan el fútbol en el mundo:

- el mundo = el campo, delimitado y finito
- el hombre = el jugador
- la sociedad = el equipo
- la lucha para vencer en la vida = la lucha por el gol (la victoria)
- el código = las reglas del juego y sus posibilidades creativas
- jugadas = actitudes de ataque o de defensa
- árbitros = jueces de las malas acciones (nuestras y ajenas).

Realmente Da Silva nos dice con esa manera de ser lo que el fútbol incide fuertemente en la sociedad, pese a su relativa pequeñez.

Los jóvenes aprenden rápidamente a jugar al fútbol. Se corre y se juega; se disputa y se contacta, se vive. Cuando rueda el balón y lo disputan dos jugadores, teniendo en cuenta las leyes del fútbol, es difícil, si no imposible, producir un contacto físico tan fácil y ventajoso. Correr y jugar: el summum del deporte, repito, aquello instintivo que hace el niño cuando ve algo redondo, o cilíndrico, ¡qué más da! y lo golpea con el pie.

No dejemos atrás algo tan importante, desde el punto de vista político-social, lo que ha significado el fútbol como empresa: una de alto bordo, que es una inmensa fuente de puestos de trabajo.

Digamos de prisa que, posiblemente —no lo afirmo— el fútbol sea una de las actividades que proporcionan más trabajo. Y eso es un indudable juicio positivo que el fútbol merece recibir.

Ahora bien, como en toda actividad humana, el fútbol no puede tener, ni de hecho tiene, todas sus connotaciones positivas. Hay en él cosas negativas de tal importancia que no es posible considerarlas como meras incidencias o casualidades. A todos corresponde luchar con la máxima energía para dominarlas hasta su erradicación. Sobre todo las que afectan a la violencia; a la disciplina humana; al actor (futbolista); a la salud (doping); a la decencia personal; a la corrupción; a los clubes y las Federaciones.

Hay que ser inflexible contra el *doping*, la violencia y el soborno, no bastan leyes, sino aplicaciones duras de las mismas.

Luchar, trabajar, legislar, imponer, crear son las tareas prioritarias. Asumo las responsabilidades derivadas de mi representatividad.

No quiero pasar por alto la universalidad indiscutible del fútbol y sus normas. Como dice el sociólogo Amando de Miguel, «es un prodigio de claridad, de síntesis, quizás por eso haya —aparentemente— cambiado poco».

No es demasiado el tiempo empleado para recorrer cerca de los 3.000 años que van desde la 1.^a olimpiada de la nueva época hasta hoy.

He hablado un poco de todo, que siempre es mejor —si de deporte se trata— que hablar mucho de una sola parte de aquél. Y, a lo largo de estos minutos he revivido lo que no pude vivir.

El auditorio ha sido mi cordial aliado, pues me ha escuchado con amabilidad y atención. Y al vuelo de mis últimas palabras ha podido reflexionar un poco sobre la presencia del deporte en esta cambiante sociedad.

- Modificó el mundo griego.
- Los hombres que formaron mentes, crearon ideas e influyeron sobre la humanidad (Aristóteles, Plutarco, Epicteto) lo vieron como una alta manifestación humana.
- Pasados los 1.500 años desde Teodosio I hasta la Olimpiada de Atenas (1896) el deporte ha supuesto:
 - Que los poderes públicos se ocupen de la formación deportiva de la sociedad, destinándole presupuesto.
 - Comunicación entre los pueblos.

- Forma parte de la educación del niño desde la Escuela.
- La Iglesia así lo acepta y fomenta los deportes formativos.
- Se crea una mentalidad deportiva en la sociedad: no hay edad para su práctica.
- La salud mejora a través de la higiene que el deporte impone.
- Hace del trabajo físico una agradable necesidad.
- No hay Fábrica o Empresa que no tenga en sus instalaciones zonas deportivas.
- Ayuda a combatir la drogadicción.
- Multitud de hombres y mujeres lo practican a diario.
- Exige mucho esfuerzo: la fuerza de voluntad se acrecienta.
- Agrupa ideas en defensa de unos colores.
- Ha creado cientos de miles de puestos de trabajo.

Estoy orgulloso de pertenecer al mundo del deporte. De contribuir a que niños y jóvenes aprendan a jugar al fútbol. Sé cómo combatir sus desventajas, y sé que debo daros otra vez las gracias por haberme escuchado. Y sinceramente os las doy. No hay duda que la presencia del deporte ha sido mucho más que una simple incidencia. Lo positivo de viene importantísimo.

Por el deporte y por vosotros. Como decían en Roma, ¡Valete!, es decir ¡pasadlo bien! Así para cada uno de vosotros.